

LA CRÓNICA

El crimen y el olvido

ARCADI ESPADA

Hace un año, en una calle del barrio de Gràcia, asesinaron a Angeles Chiban. Fue una noche de mucho viento, cuando la muchacha iba a entrar en su casa. Antes de morir desangrada, dijo que habían intentado violarla. La policía encontró un cuchillo de carnicero y algún que otro rastro minúsculo, pero hasta ahora el asesino sigue libre. La muchacha era una estudiante argentina y llevaba poco tiempo en la ciudad. Entre sus conocidos la policía no ha logrado formarse siquiera una sospecha. Tampoco entre los actos de violencia sexual ocurridos en Barcelona después de la muerte. La oscuridad es absoluta. La policía espera un error, una reincidencia, una casualidad o un arrepentimiento. La policía pasa esperando la mayor parte de su tiempo. Horas muertas, exactamente. Es lo más terrible del oficio.

Los familiares de Angeles piden al periodismo que hable del crimen. Lo primero que contesta el periodismo es si hay alguna noticia. No hay noticias. Luego pregunta cuánto tiempo hace que la mata-

ron. La familia contesta que un año. El periodismo ya ve mejor el asunto: canción triste de aniversario: foto y un pie negro y lírico: una noche de mucho viento. La familia abunda en los detalles y explica que la asociación de vecinos del barrio convocó un acto en memoria de la muchacha, que habrá velas encendidas sobre el

asfalto y la lectura de un manifiesto contra la violencia sexual. Mucho mejor, conviene el periodismo: eso ya es noticia.

Cada día los periódicos publican muchas noticias inútiles. En fila india, quizá las letras llegarían diariamente hasta Francia. La primera y más rigurosa condición de esas supuestas noticias es que no hayan sucedido con anterioridad. Respecto a una noticia, todo puede discutirse: su importancia objetiva, el número de personas a las que afecta, su conveniencia ética, las consecuencias políticas, económicas, personales de su publicación, etcétera. Todo, menos que sea nueva. Ningún periódico, jamás, ha publicado más de una vez la misma noticia, salvo error o delirio. A

veces los periódicos deben dar cuenta de historias que se alargan en el tiempo: largas negociaciones políticas, largos conflictos, largos secuestros. La condición de las reparaciones sucesivas de la historia es el movimiento: basta que alguien entre o salga por una puerta o abra la boca para decir muuuuuuu.

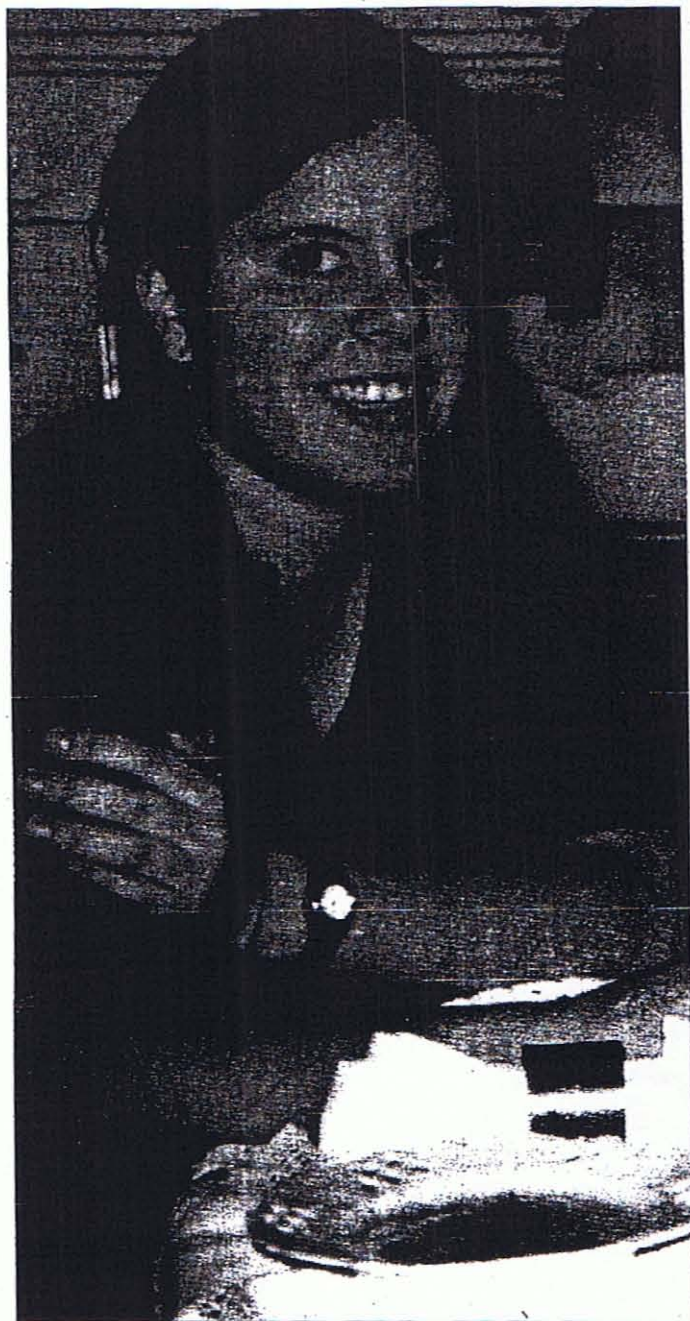
Pero nada se mueve en torno a Angeles. Como velas en un mar apelmazado. Como un escritor en la meseta de su libro, agotada la fiebre de su impulso primero y lejano aún e incierto el punto final. Como un criminal que ha dejado de temblar por lo que hizo y que sabe que un leve movimiento puede precipitar su ruina. Como un criminal quieto. No hay noticia. La policía abre y cierra cajones. Pero dentro hay siempre lo mismo: unas carpetas que el tiempo parece ir adelgazando. Alguna tarde se llama a alguno para que eche un vistazo a unas fotos. Un rato libre se aprovecha para cruzar en el ordenador una docena de indicios improbables. Alguna guardia aburrida se aprovecha para volver

a repasar la historia de punta a cabo. Pero no hay noticia. Y sin embargo, la noticia tiene un tamaño muy apreciable, por más que el periodismo, fiel a su vocación hipermélope, no quiera verla. Una muchacha murió y no ha podido ser enterrada. Para acabar de morir hacen falta razones. El cadáver está visible en la calle,

aunque su soledad va creciendo. Al cabo de un año, los conocidos más circunstanciales de la vida de Angeles se han alejado. Es natural: un cadáver irresuelto hace preguntas incómodas. Pronto, el recuerdo activo, firme, constante, de la muchacha se ceñirá a media docena entre la gente que la quiso. En cuanto a los policías que se ocuparon de su caso, habrá traslados, ascensos, jubilaciones. Puede que hasta el propio asesino olvide el cadáver: la vida moderna es tan febril...

Sólo el periodismo puede acompañar a Angeles Chiban hasta que halle su tumba. Dando noticia cierta, sobria, constante de que hoy tampoco la halló. El asesino es el olvido.

Los familiares de Angeles piden al periodismo que hable del crimen. Lo primero que contesta el periodismo es si hay alguna noticia. No hay noticias. Dramáticamente.



Angeles Chiban, en un retrato familiar.

La violencia contra las mujeres dentro y fuera del hogar constituye la punta del iceberg más visible del conjunto de las violencias y discriminaciones que las mujeres han sufrido en los últimos milenios de organización masculina de la sociedad. Las mujeres reunidas en el Foro Mundial de Mujeres contra la Violencia, que se celebró en Valencia los días 24 y 25 de noviembre con la participación de 110 países, han hecho visible en su declaración final la discriminación femenina en la legislación, lo que han denominado "violencia constitucional".

El debate se ha centrado precisamente en desenmascarar que la violencia que se ejerce dentro y fuera del hogar no se debe a una especial característica agresiva del hombre y a una especial sumisión victima de la mujer, sino que son las condiciones de vida y trabajo, de educación y cultura, las que perpetúan las desigualdades entre mujeres y hombres y favorecen las agresiones a las mujeres en el trabajo, en la casa, en la calle y en los me-

diados de comunicación. Todas las formas de discriminación constituyen violencias de género.

Precisamente en el último número de la revista *Mujeres y Salud* (MYS) se analiza cómo actúa el agresor y cómo reacciona la víctima en los casos de violencia. Sabemos que cuando una mujer presenta una demanda (más de 3.000 en Cataluña en el último año, más de 50.000 en España) lleva como media siete años de malos tratos físicos y más de quince de malos tratos psicológicos. ¿Cómo se desarrolla un proceso tan largo? Existe un paralelismo entre la relación agresor-victima y la sistemática discriminación física, mental, laboral, organizativa y política a la que las

CARME VALLS-LLOBET

mujeres han sido sometidas desde hace más de 4.000 años en la sociedad patriarcal? ¿Cómo se llega a la destrucción psicológica y moral de la persona agredida? Desinformando a la enemiga, cercándola y destruyéndola finalmente.

Primero se le impide constantemente la comunicación, se le niega la información para mantener el mito de superioridad y control (el analfabetismo en el mundo está feminizado, como la pobreza), y después se invaden los espacios de la mujer demostrando que ella es inferior y él superior. El es Supermán y ella Cenicienta; se redefine el entorno de la mujer intentando demostrar que tiene una percepción falsa de la realidad y se le

quiere demostrar que es un ser inferior, carente de cualidades (desde el tamaño del cerebro hasta los centímetros de mama y cintura, la sociedad androcéntrica ha invadido el cuerpo y la mente de las mujeres con frases y prerrogativas sobre su poco valor y su baja autoestima).

Después se constituye el cerco de la enemiga impidiendo que la víctima reciba información o ayuda del exterior. Se le hace perder las amistades y el trabajo, se distorsiona la relación con la familia y con sus hijos. La sociedad aísla a la mujer, la culpabiliza si no queda embarazada, pero la despiden de su trabajo o no la contrata si lo está. La somete a la doble jornada sin ayuda corresponsable del resto de

la familia y sin soporte social (escuelas, guarderías, flexibilización horaria, atención a ancianos...).

Cuando las mujeres han sufrido todo este largo proceso de erosión, llega el momento de utilizar la crueldad verbal y física, con lo que se consuma la destrucción del enemigo; en muchos casos (más de 60 en el último año en España) esto se consigue con la muerte física de la mujer; pero en la mayoría se produce una completa aniquilación mental: insultos delante de los hijos, desautorizaciones, culpabilizaciones y sometimiento a los deseos del agresor, sin capacidad de formular ni expresar los propios deseos por miedo a desatar la cólera de éste.

En la vida social y política también se ha seguido este sistemático proceso de aniquilación haciendo invisibles las discriminaciones, desautorizando y despidiendo a las periodistas que hablan claro, reclutando a las mujeres en Institutos de la Mujer que carecen de suficiente presupuesto y poder para defender los derechos de las mujeres

Violencia doméstica o violencias de género